

Nada es tan desalentador como un esclavo satisfecho

Cartas desde la prisión

Ricardo Flores Magón

30 de octubre de 1920

Mi querido Nicolás:

San Francisco debe estar ahora hermoso. Viví allí en 1907, cuando gran parte de la ciudad estaba en ruinas, y uno de mis intentos revolucionarios en México también estaba en ruinas. Me oculté con mi pena entre las ruinas, cuando sobre mi cabeza pendía un premio de 20.000 dólares que se había ofrecido por mi arresto; el servicio secreto de las dos naciones me perseguía de un lugar a otro, de ciudad en ciudad. Era cuestión de vida o muerte para mí, porque mi arresto significaba mi pase inmediato a México y asesinado allí sin ninguna apariencia de juicio. Ya ves, mi querido hermano, cómo tengo muy buenas razones para recordar San Francisco. ¡Cuántos días pasé sin llevarme un pedazo de pan a la boca! Algunas veces me pasaba tres o cuatro días sin comer, y durante esos ayunos forzados pensaba en los miserables que matan por una pieza de pan, porque yo mismo me sentía asaltado por instintos asesinos, y habría matado si mis ideales no me hubieran apartado de esos pensamientos.

¡Cuán pronto pasa el tiempo y cómo cambia la suerte de los hombres, excepto la mía! Mis camaradas de aquella época son ahora generales, gobernadores, secretarios de Estado, y algunos de ellos han sido hasta presidentes de México. Ellos están ricos, son famosos y poderosos, mientras yo estoy pobre, obscuro, enfermo, casi ciego, con un número por nombre, marcado como un felón, pudriéndome entre este rebaño humano, cuyo crimen fue el de haber sido tan ignorante y tan estúpido de haber robado una pieza de pan, cuando es una virtud robar millones. Pero mis antiguos camaradas son hombres prácticos, mientras que yo sólo soy un soñador y, por lo tanto, es mi propia culpa.

Ellos han sido la hormiga y yo la cigarra; mientras ellos han contado dólares, yo he gastado el tiempo contando las estrellas. Yo quería hacer un hombre de cada animal humano; ellos, más prácticos, han hecho un animal de cada hombre, y se han hecho ellos mismos pastores del rebaño. Sin embargo, prefiero ser un soñador que un hombre práctico.

Con mis mejores deseos de fraternidad universal, quedo tu hermano.

Ricardo Flores Magón

*

6 de diciembre de 1920

Mi querido Nicolás:

Me refiero a tu querida carta del 30 de noviembre último. Con ella recibí cinco dólares, enviados bondadosamente por el camarada Rubio; por tu mismo conducto le hago manifiesta mi profunda estimación por su ayuda, ya que el dinero es siempre una necesidad para un prisionero.

La camarada Erma Barsky, de Nueva York, me escribió la semana pasada. Me dice que el Lic. Harry Weinberger fue a Washington la semana pasada a urgir una decisión en mi asunto, pues sabes que muchos amigos y eminentes influencias han pedido al Gobierno mi libertad por razón de ir quedándome ciego rápidamente. En el Departamento de Justicia se dijo al Sr. Weinberger que nada puede hacerse en mi favor si no hago una solicitud de perdón... Esto sella mi destino; cegaré, me pudriré y moriré dentro de estas horrendas paredes que me separan del resto del mundo, porque no voy a pedir perdón. ¡No lo haré! En mis veintinueve años de luchar por la libertad lo he perdido todo, y toda oportunidad para hacerme rico y famoso; he consumido muchos años de mi vida en las prisiones; he experimentado el sendero del vagabundo y del paria; me he visto desfalleciendo de hambre; mi vida ha estado en peligro muchas veces; he perdido mi salud; en fin, he perdido todo, menos una cosa, una sola cosa que fomento, mimo y conservo casi con celo fanático, y esa cosa es mi honra como luchador. Pedir perdón significaría que estoy arrepentido de haberme atrevido a derrocar al Capitalismo para poner en su lugar un sistema basado en la libre asociación de los trabajadores para producir y consumir, y no estoy arrepentido de ello; más bien me siento orgulloso. Pedir perdón significaría que abdicó de mis ideales anarquistas; y no me retracto, afirmo, afirmo que si la especie humana llega alguna vez a gozar de verdadera fraternidad y libertad, y justicia social, deberá ser por medio del anarquismo. Así pues, mi querido Nicolás, estoy condenado a cegar y morir en la prisión; más prefiero ésto que volver la espalda a los trabajadores y tener las puertas de la prisión abiertas a precio de mi vergüenza. No sobreviviré a mi cautiverio, pues ya estoy viejo; pero cuando muera, mis amigos quizá inscriban en mi tumba: "Aquí yace un soñador" y mis enemigos: "Aquí yace un loco". Pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: "Aquí yace un cobarde y un traidor a sus ideas".

Con fraternal cariño para nuestros compañeros, se despide tu hermano.

Ricardo Flores Magón

*

7 de noviembre de 1921

Mi querido Gus:

Recibí tu apreciable carta del 2 de este mes. Como todas tus cartas, es bella y fraternal.

(...)

Ya ves, mi querido Gus, que lo que se necesita es una fianza de 5.000 dólares y te ruego comuniqués esto a nuestros amigos de Seattle y Tacoma, pues tal vez alguno de ellos podría encontrar una buena alma que quisiera proporcionar la fianza requerida.

He vivido en este país desde enero de 1904 -dieciocho años- pero no tengo dinero, pues la mayor parte de este enorme lapso de tiempo lo he pasado tras las rejas de la prisión o esquivando el ojo aguzado del policía. Bajo tales condiciones no se puede ganar dinero, y como los breves momentos entre una persecución y la siguiente se cubrían con trabajos de propaganda, ningún dinero podía obtenerse para guardarlo, pues tú sabes que la propaganda de un soñador puede atraerse el odio de los hombres felices, más no utilidades. Por consiguiente, necesito dinero y te ruego que lo expliques así a los amigos. Si obtienes algún dinero, lo puedes enviar al camarada Nicolás T. Bernal, 1279 - 79th Ave., Oakland. Calif.

Tengo el propósito de comenzar de nuevo la publicación de Regeneración en la ciudad de México, y necesito una imprenta. Tengo que publicar mis dramas y otras obras literarias, y un taller de imprenta es esencial.

En caso de que haya allí una persona que quiera proporcionar la fianza para mí, sírvete decirle que se comunique con el Sr. H. Weinberger, 32 Unión Square, Nueva York, N.Y.

Me molesta mucho tener que solicitar ayuda monetaria, pero no puedo encontrar otra manera de salvar los problemas que tengo enfrente. Bajo las condiciones en que nosotros los humanos vivimos ahora, se necesita el dinero para todo; tanto para el bien como para el mal. Detesto el dinero. No puedo ver un dólar sin pensar en la cantidad de sufrimientos y degradación humana que representa. ¿No es la sangre de nuestros hermanos lo que contiene? ¿Puede cualquiera calcular cuántas lágrimas o cuántos suspiros han entrado en la hechura de una moneda? Me estremezco al pensar en el esclavo asalariado que aventura su salud, su futuro, su vida, su todo, para la adquisición de este dólar, de esta ingrata pieza de metal que no le dará, en cambio, la suma de felicidad equivalente a su sacrificio. Y ¿quién podrá decir que este dólar no es la vil moneda deslizada furtivamente en la mano trémula del delator por una información que ocasionó la condena de un alma buena? ¿o no podrá ser que este dólar fue el precio de una caricia que bajo saludables condiciones sociales sólo el amor puede obtener? ¡Oh, la historia de una moneda es aterradora! Nadie sabe si el dólar que ahora tiene en sus manos ha ocasionado la vergüenza o derramado la sangre o las lágrimas de un compañero, hombre o mujer. Se puede comprar todo: la virtud, el honor, la fatiga, la vida... Sin embargo, en las actuales condiciones no podemos estar sin la odiosa pieza de metal; pero así como es instrumento de opresión, también puede usarse como factor de liberación, haciendo posible por su medio llevar a los cerebros de nuestros infortunados hermanos y hermanas, el fuego que arde en nosotros; este sagrado fuego que hace a los hombres y a las mujeres tener sed de justicia y de libertad.

No quedándome sino unas cuantas líneas, pongo punto a mi carta. Te ruego envíes mis mejores recuerdos a Zogg, y da mi cariño a todos nuestros camaradas. Recibe mi buen hermano Gus, un fuerte abrazo de tu camarada.

Ricardo Flores Magón

*

2 de enero de 1922

Mi estimado Gus:

Recibí tu querida carta del 29 de noviembre último, así como la ropa interior que tan generosamente me enviaste. Gracias a ti y a los demás amigos queridos que contribuyeron para este propósito.

Debes saber que todo lo que se habló acerca de la amnistía, cristalizó en la libertad de unos cuantos prisioneros políticos. Con excepción del espléndido viejo guerrero -Debs- y algunos cuatro más que estaban cumpliendo sentencias de diez años, el grueso de prisioneros libertados se compuso de hombres que ya estaban en libertad preparatoria, o que solamente tenían unos cuantos meses que cumplir para terminar sus sentencias. De los que están cumpliendo sentencias de veinte años, entre quienes estoy, nadie recibió ninguna consideración y difícilmente se puede esperar alguna, pues una declaración hecha por el Sr. Daugherty, el Procurador General, y que se ha publicado con profusión, tiene por objeto hacer saber muy claro que el resto de nosotros, que todavía queda detrás de las rejas de la prisión, deben cumplir las sentencias completas a que fueron condenados.

Tenía yo, mi querido Gus, la débil esperanza de ser libertado a tiempo para ver por última vez a mis amigos. Las esperanzas han muerto ahora, pues en poco tiempo mis ojos, cansados, serán insensibles a la luz. Entonces, quizá, se me abrirán estas puertas para enfrentarme a la obscuridad... Entonces no seré un "peligro" como el Sr. Daugherty ha preferido llamarme. Entonces estaré incapacitado para escribir. Porque no siendo un arrojador de bombas, un experto en el manejo de armas mortales, sino sólo un escritor, no puedo dejar de pensar que es mi pluma - la única arma que he esgrimido- la que me hace peligroso ante los ojos del Sr. Daugherty. ¿Pero es realmente peligrosa mi pluma? ¿Y a quién? ¡Difícilmente puedo creer que vivo en el siglo XX, cuando los Derechos del Hombre tienen de vida casi ciento cincuenta años! ¡Llama peligrosa a mi pluma...! Una pluma puede ser peligrosa ante los ojos de la "Santa Inquisición", pero nunca hoy, ante el juicio de la Razón. En nuestros días una pluma puede defender los crímenes más antisociales sin perjudicar a nadie, sino a ella misma. Una pluma puede dedicarse a predicar el asesinato, el incendiarismo y la destrucción, sin realizar otra cosa que su propia destrucción.

Si el Gobierno siempre comete desatinos cuando trata de reglamentar la vida social, su error sólo se hace muy notorio cuando emprende a reglamentar el Pensamiento, el cual, por su misma naturaleza, debe ser libre. El pensamiento no es una enfermedad contagiosa que sea necesario aislar y poner en cuarentena antes que la salud de uno se ponga en peligro. Contra el pensamiento, si éste es de mal carácter, la opresión del Gobierno no sólo es inútil, sino perjudicial, porque la persecución y la tiranía triunfan, solamente, al rodear lo que se tiraniza en una aureola de martirio; mientras si se deja libre, pronto perece en la frialdad de la muerte por las armas mortales de la indiferencia y el desprecio social. Siempre que un político produce un gran escándalo contra el mal pensamiento, uno debe estar seguro de estas dos cosas, a saber: o trata de crearse una popularidad vana por el medio más fácil, o es un rematado ignorante, incapaz de comprender que hay un sentido social de rectitud en el cual se levanta indignado cuando se le enfrenta el mal pensamiento, sin que para eso necesite leyes, juzgados y policía. Y en mi caso ¿fue malo mi pensamiento? ¿Fue tan malo que debería morir como un animal, lejos de aquellos que ama mi corazón? No estimulé la explotación del hombre por el hombre. No aconsejé que se cambiaran, por oro, el sudor, la fatiga, la sangre y las lágrimas de los humildes. No aconsejé la opresión, la coerción y la injusticia. Más bien me opuse contra todo eso; he luchado contra todos esos males con todo mi corazón, con toda mi fuerza, con toda la serenidad de mi alma. ¿Peligroso? ¿Para quién? Los mejores y más altos intereses de la Humanidad estaban delante de mí, y ellos eran mi inspiración y mi impulso. ¿No fue mi sueño la fundación de una sociedad sin el tirano, el expoliador, el criminal y la prostituta? ¿Una sociedad de iguales y hermanos? De consiguiente

tengo que morir aquí, pues soy demasiado viejo para esperar cumplir mi sentencia y mi salud no es buena, o tal vez, cuando llegue a quedar completamente ciego, se decidan a echarme fuera, pues en este caso mi pluma será incapaz de traducir en palabras los sueños de la Belleza que pueblan mi entendimiento. La expresión de esos sueños, creo que es lo más odiado, mi querido Gus; pero dentro de poco cesaré de ser "peligroso"; la Vida puede desplegar su esplendor a mi alrededor sin arrancar la menor contestación de mi conocimiento. Una graciosa sonrisa, el brillo de una estrella, el terciopelo de una flor, no bendecirán ni confortarán mi corazón con su belleza y poesía. Entonces no seré "peligroso". Podría oír los sollozos de corazones adoloridos, pero mi pluma será impotente para hacer saber que bajo la majestad del Sol y en medio de la grandeza de la Naturaleza, el hombre sufre porque no es libre. Entonces mi "peligro" habrá dejado de existir.

Con mis mejores deseos para ti y todos los buenos camaradas, deseándoles un feliz año nuevo, me despido con un fuerte abrazo.

Ricardo Flores Magón

*

28 de febrero de 1922

Mi querida camarada Elena:

Sirve la presente para contestar tu querida carta fecha 22 del presente mes.

Comprendo tus sentimientos a la vista de los esquirols. Estas repugnantes criaturas no son seres humanos. ¿Lo son? Pueden tener exteriormente apariencias humanas; pero no tienen los sentimientos humanitarios que llamamos solidaridad, y los han perdido cuando más los necesitaban, cuando las bestias que deben combatirse y conquistarse no viven ya en la selva, acechando detrás de los árboles, o tendiendo emboscadas en la maleza, u ocultándose en los rincones más oscuros de las cavernas; las bestias se pueden encontrar ahora en suntuosas oficinas, en el corazón de las ciudades populosas, vestidos como hombres, sonriendo como hombres, conduciéndose exteriormente como hombres. No tienen garras; no se lanzan sobre su presa; no embrollan la vida humana al contraer sus formidables anillos; las bestias han modernizado astutamente sus métodos. La bestia es profesor, y enseña a sus discípulos que la cooperación es una tontería y que la competencia es la única fuerza progresiva; la bestia es legisladora, y hace leyes destinadas a proteger sus propios intereses bestiales, aunque se hacen aparentemente para la protección del débil; la bestia es el gobernante que hace cumplir las leyes; la bestia es el ministro de un dios o de cualquiera otra cosa, y aconseja obediencia, y paciencia y resignación... El resultado es el esquirol, un ser humano que, a través de millares de años del gobierno de la bestia, ha perdido ese instinto que en la aurora de las especies lo apresuró a estar con los de su especie para sacudir el yugo de la tiranía de la selva. Ya no son humanos sus instintos, sino bestiales. No siente amor por sus semejantes, sino odio, porque en cada uno ve un competidor, un rival, un terrible enemigo que se interpone entre él y su pan; la civilización ha atrofiado los instintos de solidaridad que hacen de él un hombre... El esquirol no es un hombre, o a lo sumo es un hombre degenerado. No contribuye al desarrollo de las especies; él obstruye, pues en el camino del progreso humano es la piedra con la cual se tropieza, siendo de hecho el sostenedor más firme y tenaz del gobierno de las bestias. Sin el esquirol, caerían las bestias, pues es rompehuelgas, es soldado, es policía, es carcelero, es verdugo, las garras, los cuernos, los colmillos, los dobleces, las sortijas de las bestias modernizadas... Nuestra tarea es humanizar al esquirol, y ¡qué tarea es ésta! Pero tenemos que hacerla, tenemos que desempeñarla, pues del éxito

de nuestros esfuerzos depende la caída del régimen de las bestias. Es inútil hacer planes para un futuro de Libertad y de Justicia si el esquirol sigue como esquirol.

Con frecuencia sufro el mismo desengaño abrumador que tú experimentas cuando no llega uno a expresar lo que piensa o siente, y creo que les pasará lo mismo a todos aquellos que tratan tenazmente de dominar el arte de traducir en palabras las emociones y los pensamientos humanos. Sin embargo, no te acobardes, mi querida Elena, pues no es culpa tuya ni mía; el lenguaje humano es en extremo pobre. No tenemos suficientes palabras para expresar cada sombra o color del sentimiento y del pensamiento. Tenemos palabras para el rojo, el azul y el amarillo, y otras pocas palabras más para unas cuantas sombras de estos colores, como tenemos para el dolor y la alegría, y unos cuantos tintes de estas emociones, y esto, cuando sus tintes son infinitos. Tal vez en el futuro, cuando haya desaparecido el esquirol de la faz de la Tierra, una humanidad que disfrute de la comodidad indispensable para aprisionar en la red de una palabra las emociones más fugaces y el más tenue brillo del pensamiento, podría obtener lo que es ahora imposible para nosotros. Contentémonos con las palabras a nuestra disposición, y tratemos sinceramente de hacer el mejor uso de ellas en nuestros ofrecimientos a la diosa: la Belleza.

Con mi cariño a Erma y a los demás buenos camaradas, y especialmente a ti, mi bondadosa y querida camarada, me despido. Tuyo, fraternalmente.

Ricardo Flores Magón

10 de septiembre de 1922

Mi querido Nicolás:

Tu grata del pasado agosto me trajo valiosa información de lo que ocurre fuera de estas paredes dentro de las cuales vegeto.

Los últimos folletos llegaron. No me mandes de los primeros, pero sí te ruego que me envíes de los que tienes en preparación.

Mucho me ha dado qué pensar la proposición que el compañero De la Rosa me hace de simular arrepentimiento con la mira de obtener mi libertad. La cuestión parece ser sencillísima, y sin embargo, cuán difícil es. Si no amase yo mi ideal de amor y libertad, no tendría yo el menor inconveniente en declarar mi arrepentimiento por haber osado interponerme entre el fuerte y el débil. Mi arrepentimiento, aunque fuera simulado, significaría que es una virtud el aprovecharse de la ignorancia y de la miseria para explotar y oprimir al ser humano. Que los trabajadores no muevan un dedo para forzar mi liberación, eso no me faculta para firmar mi arrepentimiento. Si los trabajadores no mueven un dedo en mi favor, esto sólo significa que no merezco su ayuda; pero prefiero que me den la espalda por mi insignificancia y mi inutilidad, a que me escupan el rostro como un cobarde y traidor a sus intereses, lo que tendrían el derecho de hacer si por escapar de una muerte cierta dentro de mi calabozo mis labios se manchasen con estas palabras: "¡Me arrepiento! Me arrepiento de haber socavado el trono de Porfirio Díaz; me arrepiento de haber dado la mano a los esclavos de Valle Nacional y Quintana Roo; me arrepiento de haber tratado de romper las cadenas que atormentan a los peones de las haciendas; me arrepiento de haber dicho al trabajador de la mina y de la fábrica, del muelle y del taller, del ferrocarril y del barco: 'únete y serás fuerte'; me arrepiento de haber hecho entrever al humilde una vida más racional, más justa y más sana para el cuerpo y la mente; me arrepiento de haber aconsejado la rebeldía contra el despotismo y la explotación". Agradezco al querido compañero De la Rosa su deseo de verme libre; pero no puedo aceptar su sugerencia. La indiferencia con que los trabajadores ven mis sufrimientos no me autoriza a envilecerme. Ellos tienen en su poder la llave que puede abrir estas puertas, y si no la usan, es porque no me consideran digno de tanto sacrificio por su parte. Ellos

tienen el derecho de dejarme en las garras de sus enemigos; pero eso no me da a mí el derecho de enlodar mis ideales, que no otra cosa sería balbucir mi arrepentimiento, cuando mi corazón y mi conciencia me gritan que he obrado bien; que he cumplido con mi deber como miembro de la familia humana.

Querido Nicolás: con la proximidad del invierno, mis males comienzan a recrudecerse. Cambio de clima y de régimen de vida es lo que me convendría; pero estas buenas cosas tienen un precio que yo no puedo pagar: la desvergüenza. De ello soy un indigente, y es la única moneda que pudiera salvarme. Sin embargo, estoy contento con mi miseria, porque ella me evita el hacer traición a mis ideales, que es lo único que tengo, que es lo que me da fuerza y ánimo: mis queridos ideales que un día no lejano reinarán sobre la Tierra. Yo no gozaré de su triunfo; pero considero como un gran don el sentirlos en mi mente, y mi corazón se llena de satisfacción al ver que el esclavo los acoge con cariño y los hace su bandera. Esta actividad del esclavo es garantía de triunfo, y mi conturbado espíritu se regocija con la visión de un porvenir en que no habrá un solo hombre que diga: "Tengo hambre"; en que no haya quien diga: "No sé leer"; en que sobre la Tierra no se oiga más el chirrido de cadenas y cerrojos.

Te ruego que me saludes cordialmente a todos los buenos compañeros, y tú recibe un fuerte abrazo de tu hermano.

Ricardo Flores Magón